

# Pina Bausch: el honor de haberla conocido

Esse lejano día de 1980 me dirigía presurosa al Teatro Municipal, recién titulada de Traductora Inglés-Alemán de la Pontificia Universidad Católica de Chile, con muchos años menos en el cuerpo y, por cierto, con escasa experiencia profesional para servir de intérprete Alemán-Español/Español-Alemán durante el Taller que Pina Bausch tendría con los bailarines chilenos que había querido conocer.

En esos años, Santiago de Chile limitaba al Norte, al Sur, al Este y al Oeste con la Nada y los artistas que se atrevían a visitar el país eran escasos: el movimiento cultural internacional había decidido dejar aislada a toda una nación que, por cierto, no compartía de manera monolítica el ideario de la Junta Militar. Eran años duros para todos aquellos que creíamos que era importante hacer bien las cosas, para soñar con un futuro distinto al que era posible imaginar en medio de la pasmosa mediocridad y la más terrible arbitrariedad imperantes.

Creo que debo haber tenido 19 años, cuando un inolvidable profesor de la Universidad Católica, que trabajaba de intérprete free-lance, Juan Calvet, me invitó a acompañarlo a uno de los congresos internacionales en los que solía trabajar y me inició en el arte de la interpretación simultánea, simulando un violento ataque de tos, mientras, con gestos inequívocos, me instaba a reemplazarlo en la cabina de la gran sala habilitada para el evento en el Hotel Sheraton. Nunca supe cómo fui capaz de ir hablando en castellano a la misma velocidad que el médico que en ese momento explicaba el tratamiento para una patología muy específica, aunque debo confesar que he olvidado si ese médico hablaba en inglés o en alemán. Lo que sí recuerdo con enorme claridad es que, luego de ese ataque de tos, que, por cierto, me había afligido, por creer que había sido real, Juan Calvet y yo nos turnábamos cada cierta cantidad de minutos para traducir lo que iban diciendo los expositores. También

retuve en mi memoria la imagen de los enormes y pesados audífonos y la indescriptible sensación de estar pensando y hablando en dos lenguas a enorme velocidad. Después del congreso, don Juan me comunicó con gran solemnidad que jamás debía abandonar la interpretación simultánea, porque el talento que se requería para esa actividad era más bien escaso y yo tenía ese don, de modo que tenía la obligación de desarrollarlo.

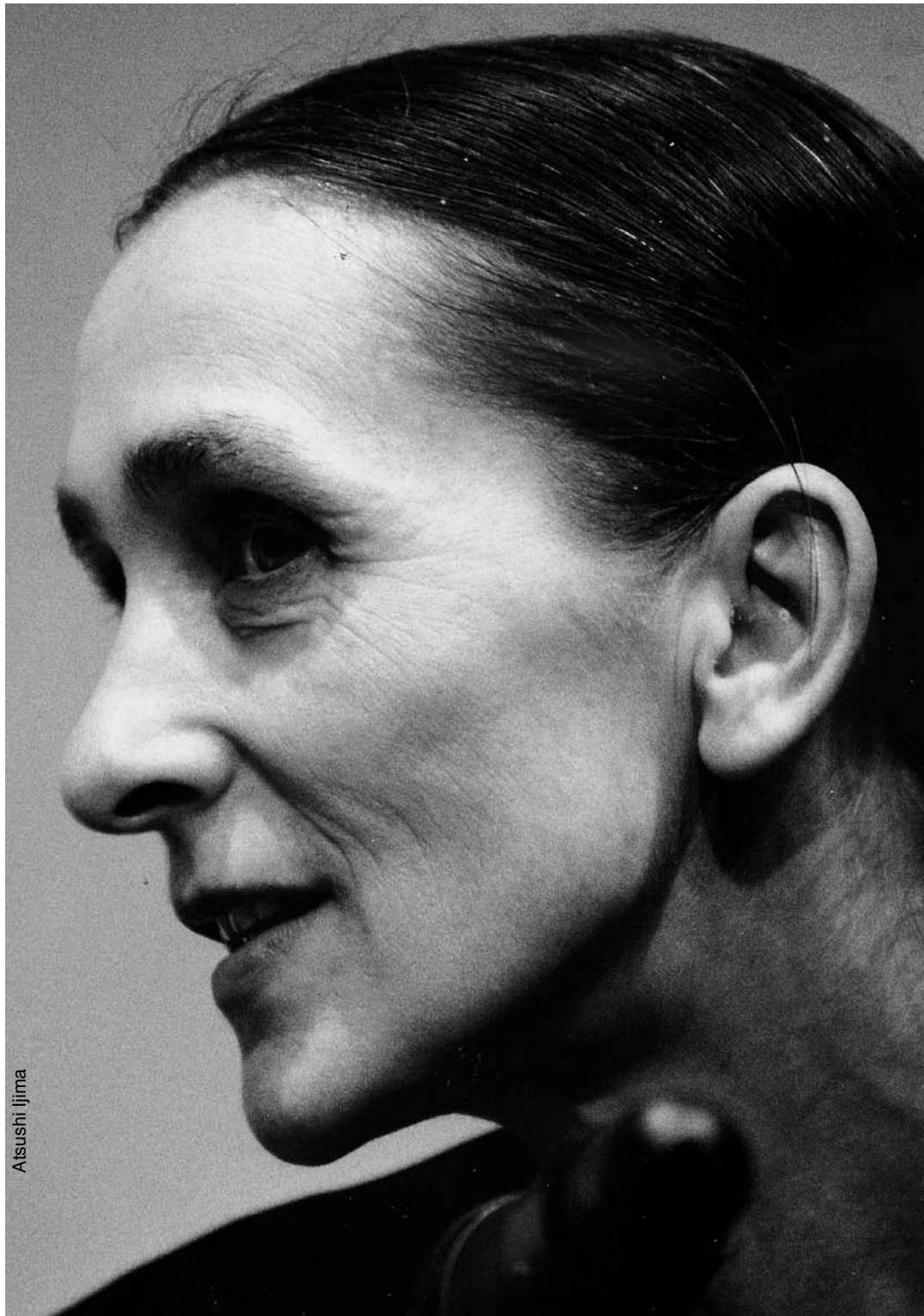
Mi entrañable maestra de Literatura Alemana del Instituto de Letras de la Universidad Católica, la Dra. Hildgard Thomas, se encargó de darme el empujón inicial para comenzar a poner en práctica ese mandato de don Juan, antes del inicio de una charla que vino a dar el escritor alemán Kay Hoff al Goethe-Institut el año 79 o el 80, no lo recuerdo con exactitud, cuando, sentada yo entre el público que esperaba presenciar la charla, la vi acercarse hacia mí. Con gran naturalidad, me pidió que ayudara con la interpretación. Ella misma me guió hacia la testera y me presentó a tan ilustre visitante, diciéndole que yo lo iba a traducir.

Todo esto que hoy parece tan sencillo, es preciso imaginárselo en el contexto del que hablo: pertenezco a la generación que el año 73 tenía 15 años y cuya pubertad y juventud se vio fracturada para siempre con el cambio brutal que significó el golpe militar. Si pensamos que entré a los 17 años a la universidad y terminé mi primera carrera a los 21, entonces es posible formarse una idea de lo que este tipo de experiencias pudieron significar en ese entonces para una persona como yo, que se debatía entre una confianza básica indestructible en que el ser humano es alguien intrínsecamente lleno de potencialidades que debe desarrollar y más cercano a la bondad que a la maldad, y la evidencia de sus más deleznable características, presentadas además como virtudes, por parte del terrorismo que ejercía el Estado de aquellos años contra ciudadanos indefensos. En un

entorno que había subvertido todos los valores en los que yo creía, era muy difícil mantenerse optimista. Creo que mis maestros en la universidad se encargaron de cuidarme y, en la retrospectiva, agradezco todo lo que en forma muy anónima hicieron muchos, como Agustín Letelier, Barbara Trosko, Franz Ecker, Ursula Mager, Hans Grof y Moyra Varela, además de la maravillosa Frau Thomas, para que pudiera gozar del privilegio de salir a perfeccionarme más adelante a Alemania, el país que, con el correr del tiempo, se volvió mi segunda casa. Si no hubiera sido por ellos, yo no estaría hoy haciendo lo que hago ni habría llegado a convertirme en lo que soy.

Asimismo, pienso que la labor contraria a la actitud de aislar a los ciudadanos de un país sumido en la catástrofe, que practicaron ciertos intelectuales y creadores alemanes como Pina Bausch, que, en los primeros años del gobierno de Pinochet, visitaron un lugar que se había vuelto innombrable en el mapamundi, contraviniendo la tendencia generalizada de la escena artística internacional, crítica acérrima del gobierno militar, constituyó una señal de esperanza para las nuevas generaciones y una verdadera luz en medio de la más absoluta oscuridad. En el marco de su gira internacional, Chile podría haber quedado excluido. Con esto quiero decir que la sabiduría de ciertos artistas como ella radicó en separar el Estado de la nación, distinción que requiere sensibilidad y se basa en la empatía hacia la gente que padece el poder y una actitud de sana distancia hacia quienes lo detentan.

Fue, entonces, a raíz de ese inesperado primer trabajo en el Goethe-Institut, interpretando a Kay Hoff, que me pidieron que oficiara de intérprete durante el Taller que Pina Bausch les daría a los bailarines del Teatro Municipal. Mi impresión inicial fue la de una mujer llena de energía, lo cual, paradójicamente, se traducía en una enorme paz interior. Menuda, elástica y ágil, parecía un junco desplazándose entre los bailarines que la miraban



Atsushi Iijima

con admiración. Era luminosa. Hablaba seleccionando con enorme cuidado las palabras y en una voz apenas audible. En ningún momento de lo que duró ese encuentro con los bailarines chilenos me hizo sentir incómoda, aunque mi juventud, ¿qué duda cabe?, podría haberla llevado a mostrarse escéptica o a transmitirme cierta inseguridad a mí, la principiante mediadora entre dos culturas. Confianza hacia los demás, eso era lo que irradiaba Pina Bausch, quien, por extraño o contradictorio que parezca, parecía ser muy tímida en esos años en que aún no había alcanzado la enorme fama que logró con el correr del tiempo en nuestro país, aunque en Europa y el resto del mundo ya brillaba con luz propia.

El escritor español Javier Marías afirma que los traductores y los intérpretes olvidan todo lo que traducen, como terapia inconsciente para vaciarse de tantas cosas que leen o escuchan, pero yo recuerdo con toda nitidez las expresiones de incredulidad en los rostros de los bailarines del Teatro Municipal, cuando Pina Bausch les preguntó su opinión acerca de temas específicos relativos a su desempeño profesional, después de haber trabajado con ellos en un estado de alerta continua y con innegable intensidad en los ejercicios que traía para compartir en ese Taller. Ella quería saber en detalle lo que los individuos, los ciudadanos de un país, que, aparte de ser seres pensantes y con sentimientos, eran bailarines, opinaban y sentían y cómo traducían eso en el escenario. Mostraba interés en las pequeñas historias de cada quien, en las biografías. Las propias vivencias, las historias personales, afirmaba, eran lo único que uno podía transformar en expresión a través del cuerpo y, a la vez, eran el tejido que conformaba la gran Historia colectiva. Muchos de los bailarines no podían creer lo que oían: habituados a recibir órdenes y a ejecutarlas, pocos artistas en el Chile de entonces habían demostrado interés por su parecer,

menos aún por sus historias mínimas, decían algunos, visiblemente emocionados.

Pina Bausch tenía ese extraño don de hacer aflorar lo mejor de las personas con las que trabajaba y también tenía una calidez que se le escapaba a torrentes por sus ojos, acaso a pesar de ella misma. El Taller terminó con aplausos, lágrimas de emoción, infinidad de preguntas y muchos abrazos de unos bailarines que supieron reconocer en ella a la imprescindible maestra que fue.

Es curioso pensar que las grandes obras de Pina Bausch estuvieron atravesadas por la muerte: ella jamás se repuso de la pérdida de Rolf Borzik, el diseñador que marcó la estética de sus espectáculos y que murió de cáncer a los 35 años en 1980, el mismo año de su gira internacional que la trajo por primera vez a Chile. Su manera de lidiar con el dolor fue crear: en la pieza "1980", se amortaja a un bailarín, como forma de evidenciar la ritualidad de los actos trascendentales en la vida de los seres humanos, de homenajear a Borzik y de intentar purgar el dolor de su pérdida.

Por mi parte, el privilegio de ver bailar ese año a los integrantes del Tanztheater de Wuppertal, sentada en la platea del Municipal, me hizo agradecer en un silencio emocionado y lleno de resonancias interiores el ser espectadora de una obra de arte que yo sabía que iba a marcar mi propia vida, la de ese momento y la que intuía que podía venir después y, a la vez, me transmitió la conciencia de ser testigo presencial de una Historia colectiva que, de pronto y gracias al arte, había logrado traspasar las asfixiantes fronteras del Chile de entonces.

En el camino de regreso a casa, la sangre que pulsaba en mis manos, aún rojas de tanto haber aplaudido, me señalaba el rumbo: Santiago se veía algo menos gris. ■

María Soledad Lagos